

JUAN PABLO II, *Cartas a los sacerdotes. Hacia una renovación sacerdotal*. Presentación e introducciones de Jorge Molinero. Ed. Palabra, Madrid 1990, 234 pp., 13,5 x 20.

Desde el comienzo de su Pontificado, Juan Pablo II ha querido subrayar el mensaje profundamente sacerdotal del Jueves Santo, en los albores de las alegrías pascuales: «día de particular comunicación espiritual, para compartir con vosotros 'hermanos en el Sacerdocio' la oración, las inquietudes pastorales, las esperanzas, para alentar vuestro servicio generoso y fiel, y para daros las gracias en nombre de toda la Iglesia» (p. 96). Las trece Cartas escritas a los presbíteros de toda la Iglesia con ocasión de esa efemérides anual constituyen un tesoro inestimable que ahora se ofrece reunido gracias a la sencilla y cuidada edición de este volumen. En su condición de sacerdote, teólogo y periodista, Jorge Molinero ha redactado unas breves páginas de introducción general y, luego, otras de presentación a cada uno de los textos pontificios, las cuales significan un acierto sensible.

Efectivamente la cuestión sobre la identidad sacerdotal se presenta ya con alivio de crispaciones e incluso en muchos países el número de candidatos a las sagradas órdenes se ha incrementado notoriamente. Por lo que atañe a Europa el fenómeno de la crisis de vocaciones está todavía lejos de mostrarse como un espectáculo satisfactorio. También entre nosotros la serenidad es mayor que hace años y, según se dice, la inflexión descendente en el número de vocaciones parece haber tocado fondo. Cabe preguntarse si ello es fruto limpio y neto de una mayor sensatez social o si, tal vez, es también efecto de la fatiga que sucede al paroxismo. En todo caso si se ha de emprender el camino hacia horizontes de solución, la vía que allí conduce no puede ser otra

que la señalada por Juan Pablo II con su enseñanza serena, actual y convincente. Ejemplo operante de una pastoral de persuasión que apela a la capacidad reflexiva, a la oración, al estudio, al diálogo sincero, a la amistad leal, al redescubrimiento del amor de Cristo, a la valoración —por parte de cada presbítero— de lo más auténtico de la propia llamada.

Juan Pablo II ama al sacerdocio y ama a los sacerdotes: «Pienso incesantemente en vosotros, rezo por vosotros y con vosotros busco los caminos de la unión espiritual y de la colaboración, porque sois hermanos míos en virtud del sacramento del Orden...» (p. 19). Al sacerdote hay que hablarle con amor (y no me refiero al hablar de amor a la untuosidad, ni a la edulcoración, ni a la poesía, estilos totalmente impropios del caso). Al sacerdote hay que recordarle sus exigencias por la única vía persuasiva del estilo fraterno y amistoso: apelando al rescoldo cálido —tal vez abrasador— que estuvo algún día en el origen de su gran decisión de entrega. Fuego y llama que perdura bajo las cenizas de la soledad, de la pobreza, del acoso diario. Tal es —a mi juicio— el único modo posible de hablar con sinceridad al oído del presbítero y de merecer que él responda desde su autenticidad. Desde luego no es conveniente —ni siquiera es posible— brindar de la existencia sacerdotal una imagen acorde con las apetencias de la sociedad de consumo, traducible en un «rol» dinámico inexpugnable, situado en las alturas del «ranking» de las ofertas profesionales.

El Magisterio de Juan Pablo II discurre por temas esenciales: vida y muerte, vocación, servicio incesante, Eucaristía y Penitencia, caridad pastoral operante, comprensión profunda del sentido de la existencia humana, servicio a la verdad y a la justicia, solicitud

por la salvación de todo hombre, de cada hombre. «Tal vez en los últimos años —por lo menos en determinados ambientes— se ha discutido demasiado sobre el sacerdocio, sobre la 'identidad' del sacerdote, sobre el valor de su presencia en el mundo contemporáneo, etc., y por el contrario se ha orado demasiado poco. No ha habido bastante valor para realizar el mismo sacerdocio a través de la oración, para hacer eficaz su auténtico dinamismo evangélico, para confirmar la identidad sacerdotal» (p. 36).

Tal es una de las pautas para interpretar la experiencia de «impassé» que hemos vivido en los cinco últimos lustros y para encaminarnos con seguridad por encima de la simple fatiga. Sólo queda felicitar a Jorge Molinero y a la editorial Palabra por brindar al clero español este instrumento básico que deberá figurar entre los libros de obligada lectura y meditación.

E. de la Lama

Antonio ROYO MARÍN, *Los grandes maestros de la vida espiritual*, BAC, Madrid 1990, 498 pp., 13 x 20.

Un gran acierto editorial de la Biblioteca de Autores Cristianos, el reeditar esta obra de Royo, agotada desde hace muchos años.

Verdaderamente hacer una historia de la espiritualidad desde el comienzo de la vida de la Iglesia hasta nuestros días es una tarea ardua y compleja; pero todavía más difícil es recogerla en un sólo volumen, donde la elección acaba por imponerse. Aun corriendo ese riesgo la obra de Royo Marín recoge el suficiente material para que el lector pueda hacerse una idea de conjunto completa y cabal de la espiritualidad cristiana.

La elección de los textos de cada autor es acertada y responde al título escogido: «grandes maestros». Con todo, la obra se ve necesitada de continuación: el desarrollo y complemento de lo ya presentado. En este sentido la gran ausente es la espiritualidad laical previa al Concilio Vaticano II y el despliegue posterior. Esperemos que la BAC pueda ofrecer pronto una obra de este tipo.

J. C. Martín de la Hoz

Federico DELCLAUX, *Antología de poemas a la Virgen*, Ediciones Rialp S.A., Madrid 1991, 245 pp., 12 x 19.

A lo largo de la historia de la literatura española, han sido muchas las composiciones poéticas dedicadas a la Virgen, pues no en vano España ha sido denominada por Juan Pablo II la tierra de Santa María.

Por ello no es de extrañar que, desde los albores de la escritura en lengua romance, se haya advertido el acendrado amor a la Virgen en casi todos los cantores y poetas de nuestra literatura. Tal es el caso de Gonzalo de Berceo, de Pedro López de Ayala o de nuestros más insignes poetas del Siglo de Oro como Cervantes, Lope de Vega, Luis de Góngora, S. Juan de la Cruz; o los poetas de nuestro siglo Antonio Machado, Miguel Hernández, García Lorca, Dámaso Alonso, etc.

A la difícil labor de selección se ha dedicado el Dr. Delclaux, miembro de la Sociedad Mariológica Española y de la Pontificia Academia Mariana Internacional, que tiene en su haber una extensa producción mariana y muchos años de investigación y docencia en el campo de la Mariología. Hace falta mucho quehacer teológico y un profundo conocimiento literario para hacer una elección tan